

Sobre el estatuto epistemológico de la intervención en comunidades y movimientos sociales desde la psicología social

On the epistemological status of the intervention communities and social movements from social psychology

Alejandro Ríos Miranda¹

*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
México, D.F., México*

Resumen

La propuesta de intervención en comunidades y movimientos sociales sustentada en la experiencia grupal, bajo el modelo de intervención-investigación como proyecto de formación y desarrollo de la comunidad “demandante”, que con metodologías cualitativas y dispositivos grupales hacen de la intervención una propuesta teórico-metodológica que vincula la subjetividad y los procesos sociales, construye un desarrollo teórico en psicología social que camina entre el devenir teórico-metodológico y los aconteceres histórico-sociales. De esta manera, las nociones teórico-metodológicas de la intervención en grupos, instituciones y comunidades en psicología social se desarrollan conjuntamente con metodologías cualitativas relacionadas con organizaciones y movimientos sociales, como el trabajo de campo y los dispositivos grupales, desde un desborde disciplinario donde se conjugan la perspectiva psicoanalítica, la sociología, la política y la historia.

¹ Candidato a Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana en México. Contacto: tlacuache.7@hotmail.com

Palabras clave: dispositivos grupales, intervención-investigación, procesos sociales, psicología social, subjetividad.

Abstract

The proposed of intervention in communities and social movements supported by the group experience, under the model of intervention-research as a training project and community development "appellant" (plaintiff/claimant) by using qualitative methods and group devices make of the intervention a theoretical-methodology proposal that links subjectivity and social processes, builds a theoretical development in social psychology that trend between the becoming theoretical-methodological and the socio-historical happenings. Thus, the theoretical-methodological concepts of the intervention in groups, institutions and communities in social psychology are developed in conjunction with qualitative methodologies related to social organizations and social movements, such as fieldwork and group devices, from a disciplinary overflowing where psychoanalytic, sociological, political and historical perspectives combine.

Key words: group devices, intervention-research, social processes, social psychology, subjectivity.

Introducción

La psicología social es una disciplina que se encuentra entre la memoria histórica, el devenir de sus procesos sociales y la constitución de sujetos sociales en ellos, lo cual permite estudiar las transformaciones de la vida social y la conformación de un sujeto histórico, dibujando las posibilidades de acción que tiene el hombre ante la historia, justamente en las prácticas sociales donde se "dibujan" o contornean los procesos de subjetividad que tienen relación directa con la historicidad, procesos sociales donde se ponen en juego las pulsiones, los deseos y *la imaginación radical*².

² La imaginación radical del ser humano singular, esa neoformación congénita, una imaginación desarrollada más allá de toda medida, la imaginación que se volvió loca, la imaginación que rompió toda servidumbre funcional, "puede convertirse en fuente de creación en el nivel colectivo y real" (Castoriadis, 2002, p. 124).

De esta manera, la psicología social es una disciplina privilegiada en cuanto permite vincular la historicidad con el sujeto en las tramas de significación que constituyen los procesos sociales con el entramado intersubjetivo y hacen de sí al sujeto en sus prácticas sociales, es decir, posicionan al hombre como un sujeto histórico y agente de cambio social. Para lo cual es necesario entender el proceso que hace posible esta argumentación y construcción discursiva, entre los analizadores históricos y la trama intersubjetiva, entre los procesos sociales y la subjetividad, por lo que es necesario dilucidar el origen, la naturaleza, los métodos y los límites de un conocimiento de lo social y de lo humano. Tal conocimiento se hace posible gracias a los dispositivos grupales como analizadores y a la metodología cualitativa.

La metodología cualitativa permite la exploración y el análisis de estos procesos sociales que ponen en juego las pulsiones y develan tramas de subjetividad, donde el investigador se convierte en el instrumento mismo de la investigación, proceso que en esta disciplina se conoce como implicación; ya que el investigador también es un ser histórico y subjetivo, depositario de deseos, demandas sociales y de una imaginación radical; juego en el que entre la historia y la subjetividad se teje la psicología social.

Un recorrido histórico

Para hablar de una historia de las disciplinas sociales se deben recordar cuáles han sido las prácticas que éstas dicen hacer. En el caso de la psicología social sus prácticas han sido diversas y desde diferentes acercamientos y ópticas en cuanto al estudio del fenómeno de lo humano y lo social; entre tales ópticas encontramos: el psicoanálisis, la antropología, la sociología, la lingüística, la historia y la política. Un proceso de reflexión sobre esa historia y desarrollo de la psicología social que estudia los fenómenos grupales, comunitarios e institucionales contribuirá a discernir y enmarcar el complejo campo de estudio donde se vinculan el sujeto y la historia, la subjetividad y los procesos sociales, la intervención grupal y el análisis institucional, que configuran el panorama actual de esta disciplina. En este recorrido se revisarán brevemente teorías y autores que se consideran pertinentes para el cometido propuesto, advirtien-

do que una historia mayor de esta psicología social requeriría también de un trabajo de mayores dimensiones.

La psicología social que se interesa por el estudio de los fenómenos grupales, institucionales, comunitarios y de los movimientos sociales, tiene en su marco teórico referencial la noción de un sujeto del lenguaje, consciente e inconsciente, donde *el sujeto ya no es dueño de su discurso consciente de ser quien dice ser* (Baz, 2000); esta subjetividad marcada por el otro, por el deseo del otro y por las relaciones intersubjetivas, ya no puede ser comprendida sólo por lo manifiesto de su comportamiento y de sus relaciones. Así, trasciende la concepción de un sujeto individual y pulsional del psicoanálisis clínico, haciendo necesaria la incorporación de un psicoanálisis social que observe el contexto social, los procesos sociales y la historia. En este sentido, si bien el deseo no puede verbalizarse, si es posible articularlo, por lo tanto presupone “*separaciones ya efectuadas*” (Castoriadis, 2002, p. 122) en donde es ya habitado por lo social, las instituciones y la historia, toda vez que el hombre como fabricación social únicamente sobrevive creando la sociedad, las significaciones imaginarias sociales y las instituciones que las sostienen y las representan; así lo que no es social en el hombre es incapaz de componer una sociedad.

De este modo se articula el sujeto con la historia e incorpora el estudio de la sociedad en la psicología. Como la sociedad está conformada por sujetos y relaciones sociales, es en sus agrupamientos y en el establecimiento de tramas vinculares donde se pueden tomar como objeto de estudio, en una psicología grupal en la que confluyen el estudio de la psicología individual y los procesos históricos. Así, la clínica psicoanalítica es un primer marco de referencia que permite investigar al sujeto consigo mismo, en su subjetividad, sus relaciones con los otros y en su intersubjetividad, donde se le inscribe una historia en su desarrollo ontológico, pasando así a un psicoanálisis social.

Por su parte, la pregunta por la sociedad, la pregunta acerca de cómo se ha estructurado a través de fenómenos históricos e individuales y cómo ha conformado las presentes formas y modos de vida, hace irrumpir la idea de que la historia de la humanidad puede ser una creación ininterrumpida; ante lo cual surge la pregunta ¿qué es lo que hace que un *momento histórico determinado* aparezca un fenómeno cohesionador

y a partir de *otro momento*, aquello que conglomeraba esa forma social se erosione, y desaparezca? Como ejemplos tenemos el Mayo del 68 en París (Anzieu, 1978) , o el surgimiento de la Sociedad Civil en el sismo de México de 1985 (Reygadas, 1997). De esta manera se inaugura un *espacio público* donde se visibiliza que “la imaginación radical del ser humano singular puede convertirse en fuente de creación en el nivel colectivo y real” (Castoriadis, 2002); además se instaure una consigna pues si la práctica del psicoanálisis tiene un *sentido político*, este sentido se establece únicamente en la medida en que trata de convertir al individuo, tanto como se pueda, en *autónomo*, o sea, lúcido en cuanto a su deseo y realidad, y responsable de sus actos, es decir, considerándole como agente creador de lo que hace (Castoriadis, 2002).

Así, aparece una dimensión política donde se pensaba que no existía y dilucidando que el psicólogo, como investigador social y también sujeto histórico, no puede estar fuera de la sociedad y de los procesos históricos que estudia, pues está atravesado por las mismas instituciones en tanto fabricación social, ya que en el devenir histórico “estamos en el grupo... en razón de un problema particular, no para la eternidad, sino a título transitorio: (en una) *estructura de transversalidad*” (Guattari, 1976, p. 74). De este modo, el asunto estriba en reorientarse en el sentido de la historia, en el sentido de la delimitación diacrónica de lo real y de sus intentos provisorios y parciales de totalización, no como sociedades y combinaciones sociales que fundan su razón de ser a partir de sistemas ahistóricos de legitimidad de carácter político y religioso, sino trabajando y proyectando “grupos que acepten de entrada el carácter precario y transitorio de su existencia, aceptando lúcidamente la confrontación de las contingencias situacionales e históricas... y rechazando refundar místicamente y justificar el orden existente” (Guattari, 1976, p. 74). Transformando el sentido de la cura psicoanalítica hacia una terapia institucional donde el objetivo sea intentar superar una problemática social real.

De este breve bosquejo se visualizaran los aportes conceptuales y metodológicos de cuatro momentos que contribuyen a entender el estatuto epistemológico de la intervención en comunidades y movimientos sociales desde el campo de la psicología social y dilucidar el origen, la naturaleza, los métodos y los límites de un conocimiento de lo social y de lo subjetivo. Estos momentos son: la clínica psicoanalítica, el psicoanálisis

grupal, el análisis institucional y el estudio de comunidades y movimientos sociales.

La clínica psicoanalítica y el psicoanálisis grupal

El psicoanálisis como modelo de investigación de la conformación del sujeto que incorpora una dimensión inconsciente además de la vida consciente, originó una revolución del pensamiento científico; incluyendo planos de lo pulsional, la dimensión de lo imaginario y de lo simbólico, el síntoma y los lapsus, entre otras nociones conceptuales más al entendimiento del aparato psíquico. Pero además, la aplicación del psicoanálisis fuera del campo de la clínica individual y del marco de la cura psicoanalítica planteó diversos problemas metodológicos, pues el psicoanálisis aplicado a la vida social debe operar a partir de un saber clínico psicoanalítico y estar homologado al hecho cultural, pero sólo si establece comparaciones minuciosas con fenómenos que se desarrollen de forma controlable en los grupos, estableciendo una analogía entre el inconsciente individual y el inconsciente social, como “un sondeo de las capas más profundas del psiquismo colectivo” (Anzieu, 1978, p. 332).

Para Silvia Radosh (2000), el abordaje psicoanalítico grupal ha propuesto hipótesis teóricas elaboradas a partir de diferentes prácticas, pues se constituye en un pasaje entre lo intrapsíquico y lo psicosocial. Cuando se habla de “campo grupal” se está pensando en un espacio de acontecimientos de subjetividades explícitas e implícitas que se entrecruzan, se anudan, se enredan, se desenredan, en un contexto sociohistórico específico e “institucional” y que dan lugar a una serie de manifestaciones diferentes de las que se podrían observar a nivel del sujeto singular.

El *grupo* es considerado como un conjunto de personas que se unen por una serie de metas comunes pero que obedecen a una regulación implícita inconsciente, mecanismos y normas de funcionamiento, en un espacio y tiempo determinados. Lugar donde se aprecian expresiones específicas como “circulación de inconscientes”, formas y producciones diversas, singulares y colectivas, que en los grupos adquieren una “expresión cohesionada” y manifiesta como: risas, rechazos, ansiedades, sufrimientos, sorpresas, confusión, evasión, huida, silencios, agresión, algarabía y otras; pero además, en una dimensión de mayor profundidad, es posible dilucidar los *organizadores psíquicos y socioculturales* que inte-

gran o desintegran el trabajo grupal. Estos productos pueden *ser escuchados* a través de un *discurso grupal* donde se infiere el despliegue de diversos sujetos en relación a otros, en las dimensiones de “lo real, lo simbólico y lo imaginario”. A partir de ello se da un despliegue de problemáticas que se entretienen, con posibilidades de escucha e interpretación para comprender qué es lo que subyace a dichos “nudos”, “tramas” y sufrimientos. Así, este complejo tejido de subjetividades posibilita un espacio privilegiado para observar, analizar y dilucidar distintos fenómenos del acontecer social, pues baste recordar que discurso es todo aquello que hace lazo social (Radosh, 2000).

Si la subjetividad es la conformación e interrelación integrada por las instancias psíquicas apuntaladas en lo biológico y determinadas e impregnadas por las condiciones sociales e históricas, la colectividad se entiende como un conjunto homogeneizador de sujetos en los que el *Otro* existe, un tercero, como un referente externo al que se remiten para confrontar niveles de análisis y actitudes. Así, el sujeto es depositario de los patrones socioculturales y el esclarecimiento de la subjetividad hará patente la incorporación de estos y, por consiguiente, del sustrato institucional y simbólico; por ello, la subjetividad es vista como producto del mundo simbólico, plasmada en el lenguaje y transmitida en el vínculo intersubjetivo con el otro. Si concebimos al grupo como un proceso dinámico donde se dramatiza la subjetividad y se trasciende la individualidad para dar cabida a las significaciones sociales, la historia, la ideología y lo imaginario, entonces será un “lugar” donde se hace evidente la mediación entre lo social y lo subjetivo, y se tiene la posibilidad de reconocer “la realidad” tanto interna como externa, lo subjetivo y lo social intrincados en cada uno de los integrantes que lo conforman, permitiendo la indagación de un sinnúmero de contenidos provenientes de la intrasubjetividad, de la intersubjetividad y del mundo externo.

De esta manera, el aparato psíquico se conforma en lo singular y en lo social, teniendo en cuenta la dimensión inconsciente de los sujetos y su relación con los otros y el Otro, posibilitando el pensar en un sujeto social, pues el sujeto está inserto en el campo social, pero no en un proceso abstracto y difuso, sino “naturalmente” perteneciente o como integrante de diferentes tipos de grupos e instituciones que conforman un tejido complejo y dinámico en las que se expresan y satisfacen necesidades del

sujeto como ser social, teniendo con ello una fabricación social del sujeto. Concibiendo al grupo como un sistema de relaciones que se estructura exteriormente a los individuos que la componen, pero también como procesos inconscientes que median una regulación implícita entre los sujetos y como un “lugar” apropiado de investigación mediante la instalación de un dispositivo grupal que permita el análisis y la intervención para hacer emerger un material analizable y descifrarlo mediante un corpus conceptual y operativo. Toda vez que la psicología social estudia las mediaciones entre lo subjetivo y lo social, lo intersubjetivo o subjetividad colectiva, el grupo se presenta como un lugar de mediación: un dispositivo grupal será uno de los *espacios* más apropiados para llevar a cabo la labor de investigación e intervención en tanto actúa como *analizador*.

El *dispositivo grupal* como *analizador* provocará el efecto de desmascaramiento de relaciones y mediaciones, de toma de conciencia colectiva a partir de la cual es posible el surgimiento de condiciones para su cambio. Si el inconsciente grupal tiene una parte oculta que se descubre por la vía de *lo no-dicho*, para analizarlo es necesario dilucidar el *discurso grupal*, discurso que provoca la emergencia de la subjetividad; asimismo, se requiere intentar descifrarlo a partir de lo manifiesto, toda vez que el grupo no sabe de esa represión, de ese “sinsentido”, del lado oculto de las relaciones sociales y de sus determinaciones. De tal manera, *la intervención grupal* tiene la tarea de descifrar una “lectura total” de esa realidad, que dará elementos para su transformación, pues el quehacer de la psicología social contempla lo social como un proceso en constante cambio y supone al sujeto investigador como producto del mismo pero también como posible agente de transformación al intervenir, haciendo conciencia e introduciendo una posibilidad de cambio.

Para Margarita Baz (2004), la intervención grupal en México muestra en su surgimiento y desarrollo, a través de experiencias en diferentes campos, la marca inequívoca de aparecer como una innovación que conmueve las formas tradicionales de entender y abordar ciertos procesos sociales, relativos a la promoción de la salud mental, educativos y problemáticas de “desviación social”, generando prácticas instituyentes como alternativas de acción psicosocial y expectativas de cambio, pues su evolución tenía clara resonancia con las circunstancias históricas y

sociales que acontecían en ese entonces, a la vez que propiciaron una apertura conceptual multi e interdisciplinaria, un auténtico *desborde disciplinario* y una multiplicación de los referentes teóricos; pero provocando también suspicacias y resistencias institucionales; así se respondía a necesidades prácticas y como nuevo recurso en el escenario de la salud mental, como lo fue la constitución de la Asociación Mexicana de Psicoanálisis de Grupo en septiembre de 1967³, y en el ámbito educativo, al crearse en 1974 la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Estos “laboratorios” de intervención grupal, que ponen de relieve la dimensión colectiva que teje la subjetividad y el acontecer de la vida social, incorporaron diversos recursos al trabajo analítico interpretativo, de aquí que se hable de “desborde disciplinario”, como la clínica grupal, investigaciones institucionales, técnicas dramáticas, grupos operativos, grupos de encuentro, grupos Balint, seminarios de formación, ejercicios de la gestalt, ejercicios corporales y, sobre todo, teniendo la intervención grupal una difusión en distintos ámbitos no circunscritos sólo a lo terapéutico, sino al acontecer de la vida social en general sustentado en la experiencia grupal como un *modelo de intervención-investigación* (Manero, 1990); modelo que pretende ser un estilo de formación y desarrollo de las comunidades afectadas y/o demandantes con la idea de que la experiencia que surge de la *intervención* proporcione recursos para mejorar las mismas condiciones de vida comunitaria y aplicables a requerimien-

³ La Asociación Mexicana de Psicoanálisis de Grupo se constituyó en septiembre de 1967, la cual cambió su nombre en 1968 a Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG), debido a presiones institucionales, institución que cuenta con un Instituto para la formación de analistas de grupo y de una Clínica con funciones de investigación y de apoyo comunitario mediante talleres y grupos terapéuticos, además de desarrollar la psicoterapia grupal a nivel privado e institucional. En el ámbito educativo, la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Xochimilco se creó en 1974, fundada con un proyecto educativo innovador consistente en la necesidad de desarrollar un vínculo Sociedad-Universidad distinto al modelo tradicional educativo, a partir de la investigación centrada en “objetos de transformación” y del trabajo grupal como estrategia educativa y como modalidad organizativa de los profesores; obedeciendo a condiciones de índole social y política que habían profundizado la crítica a los autoritarismos, la demanda de una democratización de las instituciones y con un compromiso social como guía (BAZ, 2004).

tos cotidianos de su existencia, superando con esto las formas tradicionales y asistencialistas de investigación.

El análisis institucional

Esta perspectiva teórico-social ha sido significativa en la intervención, investigación y comprensión de los procesos grupales, jugando un papel importante en el desarrollo del pensamiento grupal, sustentado en la aplicación del saber psicoanalítico en la comprensión de fenómenos institucionales a través del trabajo grupal. También dio lugar a discusiones y conflictos, desde el problema de su enseñanza teórica *versus* el aprendizaje por la intervención, hasta si es o no un referente teórico singular y específico, con su cuerpo teórico y sus prácticas, o si sólo constituye una disciplina auxiliar de otras prácticas psicosociológicas, psicoterapéuticas o comunitarias. Manero (1990) resume tres terrenos profesionales que dieron origen y fundamento al análisis institucional: *la psicoterapia institucional, la pedagogía institucional y el socioanálisis*; de los que rescataremos sus aportes metodológicos y conceptuales

La psicoterapia institucional fue un movimiento de cuestionamiento y análisis de la institución psiquiátrica como un problema de poder, donde no es al paciente sino a la institución a la que se debe de curar, teniendo como debate la política en la práctica de la salud mental. En este terreno se configura la autogestión como elemento fundamental, pues siendo un concepto cuya referencia es fundamentalmente política, atraviesa de inicio a fin el *análisis institucional*, jugando un papel protagónico al poner atención a una discusión que cuestiona de fondo las alternativas de organización social y política e integrándose en un *corpus* teórico y analítico. La autogestión sirvió para analizar lo que ya estaba *instituido* en el proceso terapéutico, las prácticas grupales e institucionales, como el encuadre de la sesión, los roles de coordinadores y participantes, los tiempos y espacios y todo lo que estaba constituido por una serie de normas que determinaban ya desde un inicio el desarrollo de todo el proceso terapéutico; normas y técnicas que, como algo de existencia “natural”, se consideraba que quedaban en dirección sólo del coordinador y sin las cuales era imposible trabajar. Así se reflexionaba si era posible trabajar sin que el coordinador fijara desde su voluntad las condicio-

nes de la sesión o si podría ser que el propio grupo fijara sus propias normas y se organizara por sí mismo.

La pedagogía institucional incorporó una “teoría de la acción política” fuera de las organizaciones políticas o sindicales, es decir, una pedagogía libertaria y una psicología desde la autogestión. Aquí el análisis de la institución escolar desemboca en el análisis generalizado de las instituciones sociales, promoviendo la dilucidación de la transversalidad de las instituciones que determinan su quehacer y los límites de acción posible, desde la autogestión. Así, la autogestión pedagógica desemboca en la autogestión social, pugnando por un no-directivismo.

La transversalidad (Guattari, 1976) remite a la institución como un grupo abierto, permanentemente atravesado por fuerzas cuyo origen es desconocido y articulado por *el no-saber* de estos mismos atravesamientos; un colectivo que presenta en su propia constitución los atravesamientos del sistema social completo y que constituyen su propio objeto de elucidación; de manera que la elucidación de la transversalidad del grupo es el objetivo de la intervención. Una deconstrucción de las relaciones marcadas por el signo de *la verticalidad*, que designa las relaciones sociales institucionalizadas y jerarquizadas en función del tipo de sociedad, y *la horizontalidad*, que designa las relaciones inmediatas no mediatizadas por la institución o intentando huir de tal mediatización, además de la elaboración de relaciones transversales inconscientes, ignoradas o desconocidas, que revelaran el análisis de *la encomienda* y *la demanda*, el análisis de *la implicación* de los participantes y del interviniente, la alteración de *lo instituido* por efecto de *la autogestión* y la acción de *los analizadores*.

El socioanálisis es un método de intervención de análisis microsociales, una práctica de intervención grupal, un reunión de un grupo pequeño en un espacio cerrado y con un tiempo delimitado, pero subvirtiéndolo en un análisis político. Se elabora un análisis de *lo instituido* de la práctica psicología, es decir, reflexionar las condiciones sobre las cuales está práctica es posible y la seriedad de reglas sin las cuales resultaría imposible realizar dicha práctica; con ello, se promueve un análisis de carácter político sobre “lo impensado” y “lo impensable” de dichas prácticas desde la disciplina misma. En este terreno se observan cuatro

procesos: *el dispositivo de intervención, el campo de análisis, el campo de intervención y el nivel conceptual.*

a) *Dispositivo de intervención.* Es un grupo abierto permanentemente, con un número fluctuante y una fuerte circulación de participantes, que se constituye en una *Asamblea General* donde pueden participar todos aquellos que tengan que ver con *la encomienda* o *el encargo* de la intervención. Se distinguen tres sectores: *Staff analítico*, compuesto por los expertos que son demandados para la intervención, *Staff cliente*, que son las personas portadoras del encargo de la intervención, y el *Grupo cliente*, compuesto por el conjunto de personas que participan de la intervención.

La finalidad del dispositivo consiste en lograr una *desinstitucionalización* profunda, donde se trastorna, se descompone y recorta el espacio-temporal de los intercambios y del trabajo instituido, lo cual inicia desde el análisis de *la encomienda* y *la demanda*. La *encomienda* de intervención surge en el momento en que una o un grupo de demandas es privilegiada respecto de las otras, que son negadas, desplazadas o resignificadas; así al *staff analítico* llega con una *encomienda* procesada ya por diversas fuerzas al interior de la institución y el proceso analítico será el camino inverso de la constitución de esta, donde se intentará deconstruir este encargo hacia múltiples *demandas* contradictorias que le dieron origen. Pero *la encomienda* de intervención no sería posible si no existe una *oferta* específica de ciertos servicios, una *oferta* de un “saber especializado” que permite esperar la resolución de ciertas problemáticas. Así, *la encomienda* juega con lugares sociales e instituciones que rebasan por mucho los límites del grupo o la institución de la intervención, de manera tal que “el papel social del conocimiento”, del *saber*, está en el origen mismo de toda *encomienda*, lo que remite a un mandato social.

Encomienda, porque se espera que el socioanalista actúe en cierto sentido, mantenga la significación dominante de los vínculos sociales, se sostenga como especialista, que pronto se transforma en juez. En resumen, esta dimensión de la encomienda supone que el socioanalista, respondiendo al encargo, legitime en su totalización al sistema social vigente (Manero, 1990, p. 132).

En la esencia está el rechazo al *mandato social*, iniciando con la *encomienda* inicial que no sólo debe ser ampliada, sino desviada de sus objetivos originales, pasando del *encargo* a la *demanda* y facilitando las diversas demandas del *grupo cliente*, que se constituyen a partir de los lugares específicos de los múltiples actores implicados en la institución; lo cual se posibilita con la creación o estructuración de situaciones que permitan la emergencia del *deseo en situación institucional*.

b) *El campo de análisis*. Es la agrupación que constituye al *grupo cliente*, el cual se entiende como resultante de una cantidad innumerable de determinaciones sociales y políticas que adquieren formas y sentidos específicos, donde lo central será *el Estado y el poder*, que atraviesan transversalmente a la agrupación. La elucidación de estas determinaciones transversales constituye el objeto de la intervención. Esta elucidación debe ser colectiva ya que “no puede existir un saber especializado propio del *analista* que iluminara el no-saber social”, pues “No es el saber especializado del interviniente un saber privilegiado, que le permita situarse por encima de los saberes y no-saberes del grupo-cliente” (Manero, 1990, p. 129). El *staff analítico* puede *restituir* al grupo cliente datos e informaciones sobre las características de la población o la situación que va a enfrentar, además debe escuchar y aprender del análisis efectuado por el grupo cliente.

c) *El campo de intervención*. Es todo lo que sucede *antes, exteriormente y después* de la intervención lo que constituye el campo de análisis y de intervención: *Antes*, la negociación del contrato de intervención con el *staff cliente* y durante la intervención arrojará un análisis de la *encomienda* diferente al de la *demanda*; *Exterior*, pueden entrar en el campo de intervención personas, grupos, elementos materiales exteriores a las fronteras originales del *grupo cliente*, existiendo una tendencia a desbordar las fronteras de este hacia la totalidad de la base social de la institución; y *Después*, no obstante que el dispositivo de intervención está delimitado en el tiempo, no es raro que el proceso de intervención haga traspasar el límite de tiempo establecido, así las condiciones del desbordamiento del tiempo inicial establecido, el seguimiento y los efectos de

la intervención que se desarrollaran después constituyen también el campo de intervención.

Los *modos de restitución del análisis*, se refiere a la escucha y el regreso de los procesos de intervención a los grupos donde se intervino, al grupo cliente productor de los discursos y procesos de análisis, toda vez que el proceso de elucidación es colectivo; este regreso es bajo la forma de reportes, monografías o el texto final de la investigación, mismas a ser evaluadas y discutidas colectivamente, proceso que alimenta la intervención en una *colectivización del proceso de investigación y de análisis*, donde el *objeto de investigación* también juega en el sistema observador-observado, convirtiéndose en un *observador*, pasando de investigado a investigador (Manero, 1995).

d) *El nivel conceptual*. Es el resultante de la transposición de un campo de análisis macro-social y un campo de intervención micro-social, delimitado en el tiempo y el espacio, lo que determina la utilización y la transformación de ciertos conceptos, la construcción de ciertos dispositivos y la utilización de diversas técnicas. Como se ha observado hasta ahora. Por ello, para Manero (1990), no se puede considerar el nivel conceptual del Análisis Institucional como una teoría acabada y como una concepción homogénea de los hechos sociales, por el contrario, su campo conceptual se constituye no como una teoría, sino como una encrucijada de nociones y conceptos desde disciplinas múltiples y prácticas diversas; pero bajo la idea de una posición anti-institucional de las prácticas que están en el origen de los conceptos constituyentes del Análisis Institucional.

Una práctica anti-disciplinaria desde una multirreferencialidad teórica y desbordes disciplinarios que, siguiendo a Lourau (1977, p. 9), “están (y siguen) en vías de superación”, de esta manera, desde los distintos orígenes (psicoanalítico, psicosociológico, pedagógico y socioanálisis) se entiende que “la cuestión política se halla en el centro del análisis institucional”, presentando una crítica social desde las manifestaciones concretas, una *crítica desde el plano de la acción*, como: huelgas no institucionales, contra-instituciones de lucha en la educación y la salud mental, movilizaciones desde agrupaciones campesinas y asociaciones civiles, reivindicaciones de las “minorías” étnica y sexuales, etcétera; toda vez

que el *Análisis Institucional* sobre el terreno es precisamente la intervención en los sitios de práctica social por los usuarios, empleados y demás actores involucrados en estos movimientos.

Sin embargo no debe confundirse con los discursos reformistas o revolucionarios instituidos “ya que realmente de lo que hoy se trata es de una *lucha social*, y no sólo de una guerra de papel picado” (Lourau, 1977, p. 11). Luchas entre las fuerzas que, conscientemente o no, garantizan el orden social instituido en el cual todas las instituciones nos hacen vivir y entre las fuerzas que tratan de disolver este orden en todas las partes donde se oculte bajo sus discursos modernistas de progreso, desarrollo, productivistas o humanistas. También puede verse como una dinámica de desarrollo de las formas sociales como manifestaciones concretas de una “superación natural” que rige la vida social ante la crisis generalizada de las instituciones, toda vez que, bajo el efecto Mühlmann, “designa el proceso mediante el cual fuerzas sociales o marginales o minoritarias o anómicas se corporizan, son reconocidas por el conjunto del sistema de las formas sociales ya presentes” (Lourau, 1977, p. 15), así lo instituido acepta lo instituyente cuando puede integrarlo.

La psicología social en el estudio de movimientos sociales

Para Reygadas (1998), escribir una historia de las organizaciones civiles en México debe reconocer una práctica deudora de las luchas sociales, desde 1956 por los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional, la lucha sindical ferrocarrilera de 1958-59, del movimiento estudiantil de 1968 y otras gestas sociales que a través de sus sueños y vinculados a demandas sociales inventaron caminos y formas innovadoras de luchar por sus derechos y demandas. Un momento clave para las Organizaciones Civiles de Promoción del Desarrollo fue en los terremotos de 1985 (Reygadas, 1997), cuando las prácticas sociales de apoyo a la población en condiciones de emergencia y las propuestas de reconstrucción llevaron a identificar a un conjunto de entidades que intervinieron de manera rápida y eficaz, momento que se caracterizó por una expansión de la sociedad civil y una redefinición de sus espacios de acción con respecto a la sociedad política. Pero es a partir de 1988 (Reygadas, 1998) que las organizaciones civiles se coordinaron como redes frente a la crisis mexicana, para tener un mayor impacto y desplegar iniciativas públicas en el campo de

la democracia, de la defensa de la propia identidad y de los derechos humanos; además, poco después, en 1994, de búsqueda de una paz incluyente y digna. Siendo a partir de este último año cuando se habló de manera estereotipada como Organizaciones No Gubernamentales u ONG's para referirse a un conjunto de organizaciones que no formaban parte de los aparatos de gobierno, de la iglesia y de los partidos políticos, otorgando identidad a estos sujetos sociales posicionados y preocupados ante los grandes problemas nacionales; cubriendo una disímbola multitud de proyectos, intereses, sujetos, prácticas y metodologías de intervención social.

Surgiendo así un relato particular de cara a los vientos de un *imaginario ciudadano*, de participación democrática, de respeto por el voto, de derechos civiles y políticos, de búsqueda de una paz justa, digna e incluyente, del derecho a la libre autodeterminación de los pueblos indígenas; innovador de formas de acción que implican a diversos sectores sociales y concreta multiplicidad de luchas históricas por construir una nueva conciencia y nuevas prácticas ciudadanas en todo el país; convocando a redes de organizaciones civiles a participar desde la sociedad civil en la construcción de caminos inéditos de transformación social, referida a grandes problemáticas de hoy y del posible mañana.

El resultado fue la conformación de organizaciones civiles “reales o vividas” que dan cuenta a sus propios miembros y asociados, construyendo una sociedad civil pletórica de proyectos *instituyentes* y portadora de una *imaginación utópica*; alejándose así de la historia oficial de los organismos civiles como el presidencialismo, el corporativismo y el partido de Estado, que durante la “democracia perfecta” había ceñido a los movimientos sociales a formas centralizadas de control social y de clientelismo político, constreñidos en egoístas ambiciones políticas, que implicaban una complicidad entre organizaciones sociales y gobierno que traicionaban la emergencia de una “sociedad civil efectiva”, es decir, se va configurando una *demandas*, en detrimento del *encargo*.

La existencia misma de organizaciones fuera de los controles y las formas de institucionalización tradicional es ya, en sí misma, expresión de una época de nuevas relaciones entre la sociedad y su gobierno, entre éste y los movimientos sociales, civiles y políticos,

donde las negociaciones se pueden entablar también a partir de propuestas civiles y en condiciones de igualdad (Reygadas, 1998, p. 102).

Esto también aleja del modelo tradicional de intervención bajo el modelo civilizatorio del progreso y desarrollo (Escobar, 1998), toda vez que desde su inicio las organizaciones civiles de promoción se manejaron con referencia a la noción de desarrollo y dirigiendo el horizonte en las formas de intervención, construyendo un imaginario que las sustentó y estuvo siempre presente en sus expectativas y prácticas sociales⁴. El “desarrollo” se analiza como un proyecto imperialista y poscolonial orientado a “naturalizar” un modelo de progreso que manifiestamente se propuso a rehacer el mundo siguiendo el modelo occidental colonizador y cuyo cometido latente es el sometimiento y la explotación, una extensión del proyecto de acumulación de riqueza en la visión económica occidental sustentado en la explotación irracional y degradación de la naturaleza, y en la consecuente explotación y destrucción gradual de otras culturas donde sea posible encontrar riqueza. De esta manera, las nociones de progreso y desarrollo analizan un conjunto de dispositivos económicos, sociales y políticos que han mantenido durante la historia el atraso y la pobreza de los países denominados del Tercer Mundo.

⁴ Siguiendo la tradición del perfeccionamiento del mundo occidental y cristiano, la noción de progreso fue acuñada en el siglo XVIII, cuando la experiencia social obtuvo nuevos y acumulativos descubrimientos científicos y fue sedimentando el concepto como un destino necesario de la historia humana, una convicción general sobre un futuro siempre en ascenso. Para mediados del siglo XX nadie ponía en duda que el desarrollo, entendido según occidente, era el parámetro con el que debían normarse todos los países, pues el desarrollo, el crecimiento económico y el incremento del producto interno bruto por habitante era la vía para todos. Pero en realidad no constituían virtualidades intrínsecas e inherentes a toda sociedad humana, sino propiedades específicas y poseedoras de un “valor positivo” de las sociedades occidentales; era un modelo de sociedad y de relaciones humanas, de las sociedades y de los hombres, entre sí y con la naturaleza, cuya realización ortodoxa iría de la mano de un proceso de destrucción de la vida sobre la tierra. Pero no ofrecía cambios en las relaciones sociales entre las sociedades, los pueblos y las clases sociales, sino una disimetría inscrita en la estructura misma del devenir de los pueblos llamados del Tercer Mundo (Reygadas, 1997).

Sujetos y organizaciones sociales que impulsaron por su cuenta y riesgo espacios de organización social y local, que en la práctica vinieron a contribuir “desde abajo” creando nuevas formas de acción política que preparan el camino para soñar primero, exigir después y materializar los *caminos instituyentes* desde una *imaginación radical y utópica* que *repen-saría a la sociedad de otro modo* a lo oficialmente correcto, abriendo caminos inéditos que apenas se empiezan a recorrer. Proyectos y trayectorias desde la reconceptualización de la sociedad misma hasta la reinven-ción de un “sujeto político”, procesos que modifican las prácticas sociales y configuran otros paradigmas que parten de nuevos vínculos y diversos actores sociales, de inclusión de todos los seres vivos en una perspectiva ética, democrática, social, económica, cultural y política. Acciones que generan estrategias de fortalecimiento de las capacidades propias de cada individuo, familia, grupo, comunidad y sociedad; así, los “sujetos sociales” van construyendo un *poder social incluyente*.

De esta manera, las organizaciones civiles han conquistado su propia existencia, haciéndose un lugar frente a una sociedad profundamente autoritaria, ocupando un lugar que puede ser desde el amortiguamiento de las contradicciones político-sociales de Estado hasta un espacio autó-nomo de expresión y el logro de “demandas” de los actores sociales como procesos instituyentes, “en donde la recuperación de la memoria de sus batallas, sus logros y fracasos, es condición y posibilidad de existir” (Rey-gadas, 1998, p. 103).

La metodología: develar la trama intersubjetiva de los movimien-tos sociales

Estos movimientos sociales llaman la atención por sus demandas, auténticas y “vivas”, por su inmensa capacidad de inventar caminos y formas de lucha, por el despliegue de energías inusitadas, por su resistencia frente a dispositivos de captación y control, donde el investigador social debe recopilar e interrogar toda serie de datos y fuentes, sean *pasivas, vivas* y desde *la psicología del investigador*. Por fuentes pasivas entendemos desde medios audiovisuales (películas, documentales, noticieros) y documentos escritos (libros, revistas, periódicos, juicios, actas, archivos, fotografías); como fuentes vivas están hacer trabajo de campo, observa-ción participante de las acciones de lucha y sus formas de organización,

entrevistar actores sociales, utilizar dispositivos grupales de intervención en los movimientos sociales, autoridades, partidos políticos, espectadores, actores sociales involucrados y lugareños, es decir, sujetos individuales y colectivos vivos quienes pueden tener un punto de vista interesado en el relato que se va a construir; y desde el investigador está el establecer “una distancia óptima entre él mismo y su objeto de investigación o explicitar sus implicaciones personales, afectivas, ideológicas y políticas” (Reygadas, 1998, p. 103).

Modalidades de investigación directamente “interventoras”, en el sentido de que el investigador juega un papel central en el proceso, tanto desde la elección del “objeto de transformación” o de investigación, en el diseño de la experiencia de intervención, desde la elección del campo teórico de análisis, hasta el proceso de coordinación grupal y comunitario; también en el proceso de recopilación de datos, su análisis e interpretación; pasando por las formas argumentativas y la construcción del discurso teórico-investigativo; hasta la escritura del texto último de la investigación.

Lo que lleva a la noción de *implicación*, en analogía a una situación de “contratransferencia” que se ubica en la relación entre la personalidad del científico y los datos recogidos en el campo de investigación, allí donde produce ansiedad, misma que lleva a distorsionar la construcción del conocimiento (Devereaux, 1977). La implicación se observa en tres situaciones: como campo de análisis en el que se tejen una serie de entrelazamientos que determinan la creación del investigador; como espacio innegable de conocimiento en el cual el investigador, en su relación dialéctica con el objeto de estudio, se torna uno o más de los escenarios de análisis y conocimiento; también como un lugar de análisis que abre nuevas líneas de fuga a la investigación social al explicar las prácticas de poder instituidas en los procesos de indagación. En el caso de la psicología social, se observa la implicación en sus tres opciones: es preciso que el investigador deba reconocer su propia historicidad y fantasmática, así el investigador se convierte en el instrumento mismo de la investigación (Janesick, 2000) y, en el análisis de sus implicaciones, debe tratar de *objetivar el mandato social* o encargo estatal (Manero, 1993).

En este contexto, la intervención grupal pone de relieve la dimensión colectiva que teje la subjetividad y el acontecer de la vida social, con-

fluencia de lo singular y lo colectivo, lo psíquico y lo social-histórico, evocando problemáticas y búsquedas alrededor de la vida social. Por *grupalidad* se entiende un régimen de lo colectivo que se despliega en la dinámica de la vinculación y desvinculación con el campo de la otredad, movimiento que va conformando identidades múltiples, complejas y en constante diseminación; categoría analítica con la que es posible explorar las condiciones y calidades del tejido social desde la perspectiva de la subjetividad en relación con la potencialidad para proyectarse en la construcción del sí mismo y de la sociedad. Obedece a cruces transferenciales en ámbitos circunscritos donde se observan identificaciones en juego y posicionamientos subjetivos, superando la composición de entidades estructurales y homogéneas que ocultan el complejo movimiento que constituye *la grupalidad* (Baz, 1998).

Al hablar de aconteceres “implícitos” se tiene en cuenta la dimensión de *lo inconsciente* y su manifestación y circulación en los grupos, dimensión de *lo imaginario* y *la fantasmática*, que los organizan y desorganizan, que se manifiesta en: lapsus, actos fallidos, fantasías, sueños, chistes y todo el campo de *lo imaginario* expresado a través de *lo simbólico* (Radosh, 2000), que también está atravesado por la “dimensión institucional”, toda vez que todo grupo se encuentra transversalizado por diversas instituciones y la sociedad como tal funciona mayormente a través de ellas. Ello apela a la dimensión imaginaria de las instituciones, manifestadas a través de *lo simbólico*, que guían el funcionamiento social toda vez que el grupo es portavoz y productor de “discurso” y, por tanto, de significaciones imaginarias sociales que tienen que ver con lo normado y *lo instituido*; también creador de nuevas significaciones que aluden a *lo instituyente*.

De esta manera, la psicología social es una disciplina que se encuentra entre la memoria histórica, el devenir de sus procesos sociales y la constitución de *sujetos sociales* en ellos, lo cual permite estudiar las transformaciones de la vida social y la conformación del sujeto en estas, dibujando las posibilidades de acción que tiene el hombre ante la historia y “la capacidad de posicionarse activamente frente a sí mismo y frente al mundo, como creador de sentido y de cambio” (Baz, 1998, p. 174-175), justamente en las prácticas sociales donde se “dibujan” o contornean los procesos de subjetividad que tienen relación directa con la historicidad,

procesos sociales donde se ponen en juego las pulsiones y deseos, experiencia sostenida por el vínculo social, “emergente de las vicisitudes pulsionales estrechamente ancladas en los procesos sociales” (Baz, 1998, p. 175).

Este campo de conocimiento de la psicología social, de diferentes modalidades y vicisitudes en su desarrollo alrededor de un conjunto de experiencias que atañen al ámbito de la intervención, con diversas apuestas teóricas, metodológicas y político-sociales implicadas, contribuyen al conocimiento grupal, constituido en la compleja articulación entre los planos psíquico y social-histórico, tejidos en una trama subjetiva y social, teniendo siempre en cuenta la relación entre el conocimiento de lo grupal y las condiciones sociales e históricas. Estrategia que Margarita Baz (2004), denomina “*génesis social y teórica*”, expresión que establece el propósito de conocer la trama de constitución del conjunto de prácticas sociales caracterizadas por el uso de dispositivos grupales, tanto desde la vertiente epistemológica que atañe a los paradigmas y concepciones teóricas que las sostienen, como también desde su articulación con los procesos sociales en los que se inscriben, toda vez que los saberes sobre lo grupal así como las vicisitudes que cumplen las prácticas de intervención, van siendo constituidos en la complejidad de un orden social que permite la enunciación de ciertas preguntas y la visibilidad de ciertos procesos sociales, mismos que son transformados por el hacer de estas prácticas y el conocimiento que se genera en el mismo proceso.

En este sentido, el estatuto epistemológico de la intervención en comunidades y movimientos sociales desde la psicología social es posible mediante la “*génesis social y teórica*” de una encrucijada de nociones y conceptos desde disciplinas múltiples y prácticas diversas, un “desborde disciplinario”, como son: el dispositivo grupal como analizador, la autogestión, la asamblea general, la socialización de la encomienda, el análisis de la encomienda y la demanda, los analizadores (*analizadores construidos*: dispositivos de intervención grupal y comunitaria; *analizadores naturales*: la irrupción de los “emergentes” del grupo cliente; y *analizadores históricos*: movimientos sociales y crisis); la transversalidad, la implicación, la restitución; nociones todas que sustentan la idea de una posición política anti-institucional de las prácticas disciplinarias.

Por ello, la propuesta de intervención en comunidades y movimientos sociales, sustentada en la experiencia grupal bajo el *modelo de intervención-investigación*, como proyecto de formación y desarrollo de la comunidad “demandante” que mediante metodologías cualitativas y dispositivos grupales hacen de la intervención grupal una investigación que vincula la subjetividad y los procesos sociales, construye un desarrollo teórico en psicología social que camina en el devenir teórico-metodológico junto con los aconteceres histórico-sociales. Proceso de investigación que obedece a un constante diálogo entre lo teórico y el campo empírico donde el investigador es el instrumento mismo de la investigación, desarrollándose una construcción paulatina de herramientas conceptuales paralelamente al análisis de los procesos sociales motivo de la investigación, diálogo constante entre los materiales empíricos que se van recabando y la confrontación con esquemas analíticos que van haciendo inteligible la problemática en estudio. Esquemas y construcciones teóricas abiertas que se van sedimentando en su capacidad para explicar los procesos sociales y en la argumentación y sustentación de un marco teórico consistente, constituido por categorías de análisis que configuran en conjunto una posible lectura de los procesos que se exploran.

Además, para Reygadas (1998, p. 103-104), “no se puede escribir la historia sin responder a preguntas del presente y sin que el presente quiera condicionar y explicitar el sentido del pasado”, pues se “tiene la obligación de buscar la fidelidad... a las preguntas que los hechos históricos establecen, como *lo otro*, como *lo diferente* del mismo historiador y su presente, para poder hacer un relato, que es siempre parcial”. Articular, concatenar vínculos, construir los hechos y sus relaciones, sus intrigas (en el sentido de que la historia es una mezcla muy humana y poco científica de causas materiales, de fines y de azares), donde el investigador tiene que buscar la fidelidad de los acontecimientos y relevar las diferencias en relación al presente; ya que si la escritura de la historia se hace desde las preguntas que el investigador hace desde el presente, los acontecimientos del pasado, contruidos por el historiador, interpelan directa y profundamente a los actores del presente, pues los acontecimientos históricos y los protagonistas todavía están vivos, y su punto de vista o “la perspectiva del actor” (Guber, 2004) incide no sólo en determinada interpretación del pasado, sino sobre todo en el rumbo del pre-

sente y mirando hacia el provenir de un futuro posible, de “batallas por plantear otro mundo, otras relaciones y otras prioridades” (Reygadas, 1998, p. 106).

En este sentido, el investigador social tiene que buscar y construir el tejido sutil entre movimientos sociales, actores, iniciativas y claves de sentido, debe encontrar *analizadores* (dispositivos grupales, contruidos, naturales e históricos) que son “aquella persona, grupo o evento que tiene la cualidad de revelar las relaciones ocultas, fuerzas, tensiones y contradicciones de una institución o práctica específica, tiene la cualidad de *hacer hablar* a la sociedad y a la estructura social como analizadores del sistema social” (Manero, 1993, p. 46); develar procesos y acontecimientos densos, contruidos a partir de estos *analizadores de sentido* y de rumbo, que a modo de encrucijadas orientan los acontecimientos en un singular sentido, incluyendo determinados significados y excluyendo otros. Esto permite analizar, conocer y explicitar los procesos internos y la historia de las organizaciones civiles, con sus utopías, sus desplazamientos de sentido de las verdades oficiales, su imaginación que inventa caminos inéditos, así como sus conflictos y agonías internas. Haciendo presente un ámbito de la vida en sociedad desde su vertiente utópica y “desde abajo”, *elucidando* la significación histórica de la subjetividad social como uno de los problemas de mayor relevancia política.

Donde una *metodología cualitativa* es utilizada en la intervención e investigación grupal y comunitaria junto con el uso de dispositivos grupales como instrumentos de investigación (entrevistas grupales, grupos de discusión, grupos de reflexión, grupos focales, grupos de formación, grupos operativos, asambleas, etcétera), pues posibilitan la producción de materiales empíricos susceptibles de la analítica y operatividad del conocimiento en las ciencias sociales. Esta opción por los métodos cualitativos implica un interés por el sentido que los sujetos atribuyen a su experiencia, es decir, supone la intención de realizar una lectura analítica e interpretativa de la trama de significaciones contruidas socialmente tanto desde un contexto personal como histórico situado, en el que los dispositivos grupales constituyen dispositivos idóneos para estos propósitos, aportando materiales empíricos que consisten en el registro del discurso del grupo y en la observación del proceso grupal.

Este marco metodológico permite la confluencia entre lo social y lo psíquico, lo colectivo y lo singular, lo histórico y lo subjetivo, el orden social y la subjetividad colectiva; construyendo e innovando desde dispositivos de intervención, pasando por un lenguaje conceptual, hasta un cuerpo teórico singular. Perspectiva que reconoce la interdependencia entre procesos sociales y la experiencia de sujetos en condiciones históricas particulares y que apunta a la construcción de un conocimiento que permita entender la producción de subjetividad, las diferentes formas de subjetivación dentro de la institución de una sociedad, a una *subjetividad colectiva*, además de los procesos de lo grupal y la grupalidad, entre otros. Esto a partir del estudio conjunto de los grupos y las instituciones teniendo como modelo de trabajo la complementariedad entre la intervención y la investigación, lo que ha llevado a problematizar dimensiones como: subjetividad colectiva, dispositivos de análisis e intervención, poder y orden social, saber y poder, imaginario social, transversalidad, mandato social, intervención e implicación.

Donde el análisis de los procesos grupales y comunitarios permite la comprensión de los procesos que nos constituyen como sujetos, incluyendo la subjetividad colectiva que caracteriza el contexto social en que se inscribe, toda vez que la producción de subjetividad en el grupo no puede estar desarticulada de las significaciones imaginarias sociales y de las condiciones sociohistóricas de los sujetos que en él participan.

Así, se pueden nombrar cuatro criterios metodológicos que permiten circunscribir esta propuesta de intervención desde *el dispositivo grupal como analizador*:

- 1) Se opera sobre el grupo, dispositivo grupal, viendo al grupo como una gestalt y privilegiando la interpretación grupal, es decir, la construcción de un *discurso grupal* y/o colectivo;
- 2) La lectura de *lo grupal* es hecha tanto desde los procesos de interacción manifiestos u observables, hasta los procesos latentes o pulsionales, lo cual postula la operación de un plano latente en el proceso de grupo que depende de mecanismos inconscientes (lo cual permite interpretar y vincular el *inconsciente grupal* con un *inconsciente social*);

3) Se trabaja sobre el grupo como una entidad cerrada, pensando al grupo como un proceso y una construcción histórica, teniendo en cuenta las múltiples inscripciones y atravesamientos de lo social-histórico en su proceso; es decir *la transversalidad*; y

4) La función del coordinador, terapeuta o facilitador del grupo, ligada a las estrategias de formación que requiere la intervención grupal, que tiene como proyecto y privilegia *la transformación*; es decir, *la finalidad es la función social de una práctica*, observando la intervención social como una práctica social más inscrita en un contexto sociohistórico que se posiciona desde una aspiración al cambio social desde la acción colectiva, toda vez que la intervención grupal responde a procesos de subjetivación que están directamente involucrados con el acontecer social, en otras palabras, a *la elucidación de procesos institucionales y como “analizador” de discursos sociales y de formas de subjetivación entramadas alrededor de problemáticas psicosociales*, desentrañando la densa trama de significaciones que emergen en los discursos y develando las tramas intersubjetivas y las vicisitudes pulsionales e inconscientes.

La psicología social en la política y la historia: a modo de conclusión

La práctica de intervención en psicología como deconstrucción y elucidación de formas histórico-sociales, encuentran lucidez en el paisaje político de la práctica psicológica, por tanto, se convierte en un instrumento de despolitización en las disciplinas sociales, encontrando lo político en los lugares “no políticos” e insospechados, mediante una crítica constante y transformaciones vanguardistas basadas no en nuevas ideología críticas sino en prácticas radicales, empíricas y propositivas (Loureau, 1977); práctica sustentada en la dilucidación política del *mandato social* (Manero, 1993); proceso de construcción del conocimiento que se logra mediante *el análisis de la implicación*.

Con esto se escribe *la historia* en contra de determinismos sociales y canónicos y con plena libertad, una “historia de las formas civiles colectivas” que “lleva implícito un camino de resistencia, de afirmación de que el futuro puede ser distinto del presente, de concreción de imaginarios sociales diferentes, de batallas por plantear otro mundo, otras relacio-

nes sociales y otras prioridades” (Reygadas, 1998, p. 106). Toda vez que “la historia es aquello en lo cual y por lo cual emerge el sentido, aquello donde se confiere sentido a las cosas, a los actos, etc.” (Castoriadis, 1988, p. 180); pues la historia no puede tener ella misma sentido, así que ésta se da por un proceso de *autoinstitución*, que es el reconocimiento explícito y reconocido por parte de la sociedad misma como su fuente y origen, lo que significa la aceptación de la ausencia de toda norma o ley extrasocial que pudiera imponerse a la sociedad, por lo mismo significa apertura permanente hacia ella misma. Tal es la complejidad y la importancia que tiene la psicología social en el enlace entre la historia y el sujeto, donde el último, individual o colectivamente, se posiciona ante su mundo; en consecuencia trabajar para ayudar en la formación de individuos y colectivos que aspiran a la autonomía, “constituye ya una *obra política*” (Castoriadis, 2002, p. 126).

Referencias

- Anzieu, D. (1978). *El grupo y el inconsciente*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Baz, M. (1998). Tiempo y temporalidades: los confines de la experiencia. En: *Anuario de investigación 1998* Vol. III. Departamento de Educación y Comunicación. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Baz, M. (2000). *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*. México: PUEG.
- Baz, M. (2004). *Génesis social y teórica de la intervención grupal en México*. Manuscrito inédito, Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, México..
- Castoriadis, C. (1988). La institución de la sociedad y de la religión. En: *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona, Gedisa.
- Castoriadis, C. (2002). Institución primera de la sociedad e instituciones segundas. En: *Figuras de lo pensable. Las encrucijadas del laberinto VI*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Devereux, G. (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.
- Escobar, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Santa Fé de Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Guber, R. (2004) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós.
- Janesick, J. (2000). La danza del diseño de investigación cualitativa: metáfora, metodolatría y significado. En: Denman, Catalina A. y Haro, Jesús Armando (compiladores). *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*. México: El Colegio de Sonora.
- Lourau, R. (1977). Análisis institucional y cuestión política. En: Lourau, Bernard y otros. *Análisis institucional y socioanálisis*. México: Editorial Nueva Imagen.

- Manero, R. (1990). Introducción al análisis institucional. En: *Tramas. Revista de Psicología*. N° 1. Diciembre 1990. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Manero, R. (1993). Los psicólogos y la implicación. En: Casanova Cardiel, Patricia. (compiladora). *Las profesiones en México. N° 6 Psicología*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Manero, R. (1995). El análisis de las implicaciones. En: *Tercer Foro. Departamento de Educación y Comunicación*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Radosh, S. (2000). Abordaje grupal a la problemática psicosocial. En: *Anuario de Investigación 2000. Departamento de Educación y Comunicación*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Reygadas, R. (1997). Los avatares de la noción de desarrollo. En: *Anuario de investigación 1997. Departamento de Educación y Comunicación*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Reygadas, R. (1998). Escribir historia de las organizaciones civiles. En: *Encrucijadas Metodológicas en Ciencias Sociales*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

Recibido: 11 de enero de 2012

Aceptado: 23 de marzo de 2012